

TEXTOS CONTRA EL TRABAJO

¿Cuánto sufrimiento más en nombre del progreso?

TEXTOS CONTRA EL TRABAJO

- Introducción pgna. 3
- La abolición del trabajo (Bob Black) pgna. 5
- La sociedad de supervivencia (Ratgeb) pgna. 19
- Si me llaman vago... (Rafa) pgna. 21
- Elogio de la holgazanería (B. Rusell) pgna. 22
- La dictadura del reloj (G. Woodcok) pgna. 27
- Apología de los ociosos (Robert L. Stevenson) pgna. 28
- 2 de mayo. Día internacional del ocio pgna. 29
- Utopía filosofal del crimen (VV.AA.) pgna. 30

“Los burgueses tienen muy buenas razones para atribuir al trabajo una fuerza de salvación sobrenatural; porque precisamente de la dependencia natural del trabajo resulta que el hombre que no tiene otra riqueza que su fuerza de trabajo debe ser en todas las situaciones sociales y culturales el esclavo de los otros hombres que se han hecho dueños de las condiciones actuales de trabajo. Puede trabajar solamente con su permiso, entonces puede vivir sólo con su permiso”.

K. Marx: Comentarios al programa.

INTRODUCCIÓN

“Y como estuvimos con vosotros, os recomendamos esto: que el que no quiera trabajar, tampoco coma”
Carta de S. Pablo a los Temalonicenses III,
10

“La URSS considera como deber de todos los ciudadanos el trabajar y pone el lema:
¡quien no trabaja, tampoco come!”
Constitución de la URSS, Cap. V, par. 18

“El trabajo os hará libres”
Letrero sobre la entrada principal del campo nazi de exterminio de Auschwitz

“Toda la actividad de las sociedades donde reinan las condiciones modernas de producción se anuncia como una inmensa acumulación de trabajo. Todo lo que es vivido directamente se afirma en primer lugar como resistencia al curro”.

¡¡DESEMPLEO PARA TOD@S!!

Con esta serie de textos pretendemos abrir un debate y una reflexión que ya estaba ahí sobre el verdadero sentido del TRABAJO, también sobre una de las señales de su agonía como es el PARO. Somos conscientes del choque moral que puede suponer hablar en contra y por la abolición del trabajo en un mundo organizado en torno a él; donde quien lo tiene, aún en las condiciones más miserables, lo defenderá con uñas y dientes y quien no lo tiene pedirá a gritos que lo exploten, pues es su derecho constitucional el estar explotad@.

El origen etimológico de la palabra trabajar es el de *tripaliare*, del latín, que es torturar; el mismo origen de trabajo-tripalium (especie de cepo o instrumento de tortura). De esto se deduce que C.N.T. sería la Confederación Nacional de la Tortura, U.G.T., la Unión General de L@s

Torturad@s (¿o Torturador@s) e incluso existiría el Ministro de Tortura.

También es evidente la relación entre trabajo y enfermedad; a cada tipo de trabajo le corresponde una enfermedad laboral; cuántas personas discapacitadas por culpa del maldito curro, cuántas muertes en “accidentes”, mejor dicho asesinatos, laborales por trabajar en las condiciones más precarias posibles y más baratas para l@s empresari@s y cuántas personas heridas o muertas por defender su puesto de trabajo (de tortura). El aumento sin fin e irremediable del paro estructural es una señal de la necesidad de una transformación total y global. El que un número cada vez mayor de trabajador@s, que sólo tienen su fuerza de trabajo para sobrevivir, se vean arrojadas al desempleo, es decir, liberadas de la tortura pero arrojadas a la miseria, debe hacernos, por lo menos, pensar. Si nadie trabaja por gusto, ya que todo el mundo trabaja forzosamente y por obligación, el paro debería ser deseable para todo el mundo, pero esto no es así debido a la sociedad-mercantil de clases donde el trabajo asalariado, la tortura diaria, sirve para que un@s poc@s, cada vez menos, se froten las manos y se lleven enormes beneficios a cambio de mínimos salarios por lo barato que vende la gente su fuerza de trabajo, consecuencia de la enorme oferta de la misma y del miedo al paro. Hoy, ver a todas las organizaciones desde las de extrema izquierda a las de extrema derecha en todo su abanico de posibilidades buscando soluciones al “problema” del paro sin entrar en para qué se está trabajando y qué es el trabajo, qué quieren l@s parad@s o ni siquiera si lo que quieren es elegir cómo quieren vivir y no trabajar, planteando medidas tan guays como el reparto de la tortura, Empresas de Tortura Temporal, las tan cacareadas 35 horas de tortura, las reformas del mercado laboral que sólo hacen que abaratar todavía más la fuerza de trabajo, resulta delirante y patético, fruto del reformismo intrínseco al

sindicalismo –de los grupúsculos y las organizaciones ideológico-políticas no creemos necesario hablar- que ha olvidado la Revolución Social para buscar mejoras en nuestras condiciones de tortura y cuánto tiempo seremos torturad@s bajo el yugo del esclavismo salarial (¡puagh!). La situación es cada vez más un sin sentido. La organización humana ha perdido toda su razón de ser; ésta debería servir (y no ser sus sierv@s) para cubrir absolutamente todas las necesidades de todas las personas por el mero hecho de existir. La sociedad-mercantil no cubre necesidades reales y sólo sirve para producir e intentar vender mercancías mediante el mundo perfecto de las ilusiones publicitarias. ¡Ya está bien de ideólogos del curro! ¡No queremos trabajar en esta enorme fábrica para llenar vuestros bancos! ¡Rechazamos el trabajo! ¡Hasta el autogestionado! ¡Queremos autogestionar la buena vida y no la tortura! Cuántos siglos de explotación de las bases biológicas del planeta (includ@s nosotr@s) para esto. Es hora de parar la máquina capitalista y ver lo que necesitamos realmente, cómo lo obtenemos y para qué.

¡Abolición de la sociedad de clases!

¡Abolición del trabajo asalariado y de la mercancía!

¡Todo para tod@s, ya!

Trabajo es aquello de lo cual el hombre
y la sociedad han tenido bastante.
Eliminémoslo. Hagamos una revolución para
divertirnos”.

D.H. Lawrence

Escuchemos las voces calladas por la
enraizada, interesada y milenaria apología
del Mundo del Trabajo (¡ecs!)

LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO

(Bob Black.)

Nadie debería trabajar.

El trabajo es la fuente de la mayoría de las miserias del mundo. Casi cualquier mal que puedas nombrar proviene del trabajo o de vivir en un mundo diseñado para el trabajo. Con el propósito de parar el sufrimiento debemos dejar de trabajar. Esto no significa que debemos dejar de hacer cosas.

Significa crear un nuevo modo de vida basado en el juego, en otras palabras, una convivencia lúdica [commensality] y tal vez, artística. Hay más juegos aparte los de los niños, e igual de entretenidos. Abogo por una aventura colectiva en el disfrute generalizado, y una [exhuberancia libremente independiente]. El juego no es pasivo.

Sin duda todos necesitamos mucho más tiempo para disfrutar de una completa pereza e inactividad del que nunca dispondremos ahora, con independencia de ingresos u ocupaciones, pero una vez recuperados del agotamiento inducido por el empleo casi todos deseamos actuar. Oblomovismo y Stakhanovismo son los dos lados de la misma moneda devaluada.

La vida lúdica es completamente incompatible con la realidad existente.

Mala cosa la realidad, el agujero gravitatorio que absorbe la vitalidad de lo poco en la vida que todavía la distingue de la mera supervivencia.

Curiosamente –o tal vez no- todas las viejas ideologías son conservadoras porque creen en el trabajo. Algunas de ellas, como el marxismo y la mayoría de las ramas del anarquismo, creen en el trabajo más fieramente porque no creen en casi ninguna otra cosa.

Los liberales dicen que acabarán con la discriminación en el empleo. Yo digo que terminaré con el empleo. Los conservadores apoyan leyes sobre el derecho al trabajo. Siguiendo al desobediente hijo político de Karl Marx, Paul Lafargue, yo apoyo el derecho a la pereza. Los izquierdistas favorecen el pleno empleo. Como los surrealistas –salvo que yo no estoy bromeando- yo apoyo el pleno desempleo. Los trotskystas se manifiestan por la revolución permanente. Yo me manifiesto por la diversión permanente.

Pero si todos los ideólogos (como en efecto hacen) defienden el trabajo –y no sólo porque ellos planeen hacer que otros realicen el suyo- todos son extrañamente reacios a afirmarlo así. Ellos hablarán interminablemente de salarios, horas, condiciones de trabajo, explotación, productividad, beneficios. Están dispuestos a hablar de casi cualquier cosa excepto del trabajo en sí.

Estos expertos que se ofrecen para pensar por nosotros raramente comparten sus conclusiones acerca del trabajo, de su preeminencia en las vidas de todos nosotros. Entre ellos escamotean los detalles. Sindicatos y empresarios convienen en que debemos vender el tiempo de nuestras vidas a cambio de sobrevivir, aunque regatean en el precio. Los marxistas opinan que debemos ser comandados por los burócratas. Los libertarios piensan que debemos ser dirigidos por hombres de negocio. A las feministas no les preocupa quién dé las órdenes con tal que sea mujer. Claramente, estos vendedores de ideologías tienen serias diferencias en cómo distribuir el botín del poder. Más claro, ninguno de ellos tiene ninguna objeción al poder como tal y todos prefieren mantenernos trabajando.

.....

Te puedes preguntar si estoy bromeando o hablo en serio. Estoy bromeando. Y hablo en serio. Ser lúdico no

.....

es ser absurdo. Jugar no tiene por qué ser frívolo, aunque la frivolidad no es trivialidad: con frecuencia debemos tomar la frivolidad seriamente. Me gustaría que la vida fuera un juego –pero un juego con gran interés. Yo quiero jugar “por el sustento”-.

.....

La alternativa al trabajo no es inactividad. Ser lúdico no es ser apático. Aunque valoro el placer de la apatía, nunca compensa tanto como cuando acentúa otros placeres y pasatiempos.

Tampoco estoy promoviendo el disciplinado tiempo organizado, a modo de válvula de escape, que llaman “ocio”, lejos de eso. El ocio es no-trabajo a fuerza de trabajar. El ocio es un tiempo usado para recuperarse del trabajo y para intentar frenéticamente, aunque sin éxito, olvidarse de él por un momento. Mucha gente vuelve de las vacaciones tan cansada que busca su vuelta al trabajo como un descanso. La principal diferencia entre el trabajo y el ocio es que por el trabajo al menos se te paga por tu alienación y tu irritación.

.....

No estoy jugando al juego de las definiciones con nadie. Cuando digo que quiero abolir el trabajo digo exactamente eso, pero explico lo que quiero decir definiendo mis términos de una manera no personalizada. Mi definición mínima de trabajo es “labor obligatoria”, esto es, producción compulsiva. ambos elementos son esenciales. El trabajo es la producción forzada por medios económicos o políticos, por la zanahoria o por el bastón. (La zanahoria es otra forma de bastón). Pero no toda creación es trabajo. El trabajo nunca se hace por propia voluntad, se hace a cuenta de algún producto o beneficio que el trabajador (o, más frecuentemente, cualquier otro) obtiene de ello. Esto es lo

que significa necesariamente el trabajo. Definirlo es menospreciarlo.

Pero el trabajo es generalmente aún peor de lo que esta definición sentencia. La dinámica de dominación intrínseca al trabajo tiende con el tiempo hacia la elaboración. En las sociedades avanzadas infestadas por el trabajo, incluyendo toda sociedad industrial sea capitalista o comunista, el trabajo adquiere otros atributos que acentúan su repugnancia.

.....

Usualmente –y esto es más cierto en las sociedades comunistas que en los países capitalistas, donde el estado es casi el único empresario y todo el mundo es empleado- el trabajo es empleo, es decir, trabajo asalariado, lo cual significa venderte a ti mismo al plan establecido. Así, el 95% de los americanos trabaja para algún (para algo) otro. En la URSS o Cuba o Yugoslavia o cualquier otro modelo alternativo que pudiera aducirse, la correspondencia es del 100%. Solamente los combatidos bastiones campesinos del tercer mundo –México, India, Brasil, Turquía- mantienen temporalmente concentraciones significativas de agricultores que perpetúan la organización tradicional de la mayoría de los trabajadores durante el último milenio, el pago de impuestos al estado o una renta a terratenientes parasitarios a cambio de que los dejen en paz. Incluso este minúsculo objetivo empieza a parecer bueno. Todo trabajador industrial (y de oficina) es un empleado y está bajo una clase de vigilancia que asegura su servilismo.

.....

Pero el trabajo moderno tiene peores implicaciones. La gente no trabaja, “tienen trabajos!”. Una persona hace una tarea productiva siempre sobre una base condicional “o-si no”. Aún si la tarea tiene

un cuanto de interés intrínseco (como cada vez más trabajos dejan de tener), la monotonía de esta obligación exclusiva va drenando su potencial lúdico. Un “trabajo” que puede concentrar las energías de alguien que lo hace por diversión durante un tiempo razonable es una lucha para aquellos que tienen que hacerlo cuarenta horas a la semana, sin poder influir en cómo hacerlo, para beneficio de un propietario que no contribuye nada al proyecto y sin la oportunidad de compartir tareas o distribuir el trabajo entre aquellos que actualmente tienen que hacerlo. Éste es el mundo real del trabajo: un mundo de torpe burocracia, de servidumbres y discriminación sexual, de majaderos jefes que explotan y someten a sus subordinados quienes –por algún criterio técnico-racional- deberían ser llamados [the shots]. Pero el capitalismo en el mundo real subordina la maximización racional de producción y beneficio a las exigencias del control organizacional.



La degradación que la mayoría de los trabajadores experimentan en el trabajo es la suma de una variedad de indignidades que pueden denominarse (disciplina”. Foucault ha complicado este fenómeno, pero es bastante simple. La disciplina consiste en la totalidad de los controles totalitarios en el lugar de trabajo –vigilancia, trabajo rutinario, imposición de temporizaciones, cuotas de producción, tarjetas de fichaje, etc.-. La disciplina es lo que la fábrica, la oficina y los grandes almacenes comparten con la prisión, la escuela y el hospital psiquiátrico. Es algo históricamente original y terrible. Va más allá de las capacidades de dictadores demoníacos de otras épocas, como Nerón, Genghis Khan e Iván el Terrible. Pese a toda su mala intención, ellos no disponían de la maquinaria para controlar a sus súbditos de la que disponen los modernos déspotas. La disciplina es el modo de control

diabólicamente distintivo de estos tiempos, es una innovadora intrusión que debe ser prohibida a la primera oportunidad.



Así es el trabajo. El juego es exactamente lo opuesto. El juego es siempre voluntario. Lo que sería el juego si fuera obligatorio es trabajo. Esto es axiomático. Bernie de Koven ha definido el juego como la “suspensión de consecuencias”. Esto es inaceptable si implica que el juego sea inconsecuente. La clave no es que el juego no tenga consecuencias. Esto es rebajar el juego. La clave es que las consecuencias, si existen, son gratuitas. Jugar y dar están cercanamente relacionados, son las facetas conductista y transaccional del mismo impulso, el instinto del juego. Comparten un desdén aristocrático por los resultados. El jugador obtiene algo del juego, es por eso por lo que juega. Pero la recompensa principal es la experiencia de la actividad en sí misma (cualquiera que sea).

Otros atentos estudiosos del juego como Johan Huizinga (“Hombre Lúdico”) lo definen como “juego competición” o que sigue reglas. Respeto la erudición de Huizinga, pero enfáticamente rechazo sus restricciones.

Hay muchos buenos juegos (ajedrez, baseball, Monopolio, bridge) que están regidos por reglas, pero hay muchos más juegos que los juegos competitivos. La conversación, el sexo, el baile, viajar -- estas prácticas no están regidas por reglas, pero son seguramente “juego”, si es que algo lo es. Y con las reglas también se puede jugar, al menos de la misma manera, que con cualquier otra cosa.



El trabajo es una burla de la libertad. La línea oficial es que todos tenemos derechos y vivimos en Democracia.

Otros desafortunados que no tienen la libertad que poseemos nosotros viven en un estado policial. Estas víctimas obedecen órdenes condicionales del tipo "¿o si no!", sin importar cuán arbitrarias sean. Las autoridades los mantienen bajo una vigilancia habitual. El estado burócrata controla hasta los mínimos detalles de su vida diaria.

Los funcionarios que los presionan sólo responden ante autoridades superiores, públicas o privadas. Cualquier clase de disensión y desobediencia son castigadas. Las autoridades están continuamente recopilando informes.

Todo esto se supone que es algo maligno.

.....

Y lo es, aunque no sea más que una descripción de los actuales lugares de trabajo. Los liberales, y los conservadores y los libertarios que lamentan el totalitarismo son falsos e hipócritas. Hay más libertad en cualquier dictadura moderadamente Stalinizada que la que hay en cualquier lugar de trabajo americano. Encuentras la misma clase de jerarquía y disciplina en una oficina o factoría que la que encuentras en una prisión o monasterio. De hecho, como Foucault y otros han demostrado, las prisiones y las fábricas surgieron en la misma época y sus operarios copian técnicas de control de unas a otras de forma consciente.

Un trabajador es un esclavo temporal. El jefe dice cuándo debe aparecer, cuándo desaparecer y qué debe hacer mientras. Te dice cuánto trabajo y cuán rápido debes hacerlo. Es libre de llevar este control a extremos humillantes, regulando, si lo desea, las ropas que debes llevar o cuán frecuentemente debes ir al baño. Con pocas excepciones puede despedirte por cualquier

razón o sin ella. Ha hecho que te espíen chivatos y supervisores, amasa un dossier sobre cada empleado. La contestación es llamada "insubordinación", exactamente como si un trabajador fuera un niño malo, y no sólo te despide, sino que te descalifica para una posible prestación de desempleo. Sin equipararlos estrictamente, es sorprendente que los niños en casa y en la escuela reciben casi el mismo trato, justificado en su caso por su supuesta inmadurez.

¿Qué puede esto decirnos acerca de los padres y profesores que "trabajan"?

.....

El degradante sistema de dominación que he descrito transcurre durante la mitad de las horas de vigilia de la mayoría de las mujeres y casi totalidad de los hombres durante décadas, la mayor parte de su existencia. Para ciertos propósitos no es demasiado erróneo llamar a nuestro sistema Democracia o Capitalismo o –aún mejor- Industrialismo, pero su nombre real es Fascismo de Fábrica y Oligarquía de Oficina. Todo el que diga que la gente es "libre" miente o es estúpido. Tú eres lo que haces. Si realizar un trabajo aburrido, estúpido y monótono, tienes muchas probabilidades de volverte aburrido, estúpido y monótono.

Es trabajo es una mejor explicación para la progresiva cretinización de todo lo que nos rodea que tales mecanismos de entontecimiento como la televisión y la educación. La gente que tiene todo en su vida reglamentado, arrastrados al trabajo desde la escuela y sujetos por la familia al principio y por los asilos al final, están habituados a estar esclavizados jerárquica y psicológicamente. Su aptitud para la autonomía está tan atrofiada que su temor a la libertad es una de las pocas fobias racionalmente arraigadas que tienen. Su entrenamiento para la obediencia en el trabajo se traslada hacia la familia que ellos inician, reproduciéndose

así el sistema de una manera distribuida, así como hacia la política, la cultura y todo lo demás. Una vez que drenas la vitalidad de la gente en el trabajo, ellos probablemente se someterán a la jerarquía y la superioridad en todo. Están acostumbrados a ello.



Estamos tan cerca del mundo del trabajo que no podemos ver lo que nos hace. Tenemos que apoyarnos en observadores externos de otros tiempos u otras culturas para apreciar la extremidad y la patología de nuestra postura actual. Hubo un tiempo en nuestro propio pasado en que la “ética del trabajo” sería incomprensible, y tal vez Weber estaba en la pista cuando asoció su aparición con una religión, el Calvinismo, la cual si emergiera hoy en lugar de hace cuatro siglos sería inmediata y apropiadamente etiquetada como un culto. En cualquier caso, vamos únicamente a observarlo con la sabiduría de la antigüedad para poner el trabajo en perspectiva. Los antiguos veían el trabajo como lo que es, y su visión prevaleció a pesar de los calvinistas, hasta su derrocamiento por el industrialismo – pero no antes de recibir el respaldo de sus profetas.



Permítasenos suponer por un momento que el trabajo no convierte a la gente en unos sometidos anulados.

Supongamos, desafiando cualquier psicología plausible y la ideología de sus promotores, que no tiene efectos en la formación del carácter. Y supongamos que el trabajo no es tan aburrido, ni cansado, ni humillante como sabemos que es realmente. Aún sí el trabajo todavía se burla de todas las aspiraciones humanas y democráticas, sólo porque usurpa la mayor parte de nuestro tiempo.

Sócrates dijo que los trabajadores manuales se convierten en malos amigos y malos ciudadanos porque no tienen tiempo para cumplir con sus responsabilidades con la amistad y la ciudadanía. Estaba en lo cierto.

Porque el trabajo, sin importar lo que hagamos, nos mantiene alejados de nuestros propios objetivos. La única cosa libre del así llamado “tiempo libre” es que no le cuesta nada al jefe. El tiempo libre en su mayor parte se dedica a prepararse para el trabajo, yendo a trabajar, volviendo del trabajo y recuperándose de él. El tiempo libre es un eufemismo para una peculiar clase de trabajador como factor de producción, que no sólo se transporta a sí mismo a sus propias expensas a y desde su lugar de trabajo, sino también asumiendo responsabilidades importantes con respecto a su mantenimiento y reparación.

El carbón y el metal no hacen eso. Los tornos y las máquinas de escribir tampoco. Pero los trabajadores sí. No maravilla que Edward G. Robinson en una de sus películas de gansters exclamara “El trabajo es para los tontos”.



Platón y Xenophon atribuyen a Sócrates y obviamente comparten con él una preocupación sobre los efectos destructivos del trabajo sobre los trabajadores como ciudadanos y seres humanos. Herodoto identifica el desprecio por el trabajo como un atributo de la Grecia clásica en el cenit de su cultura. Para tomar sólo un ejemplo de Roma, Cicerón dijo que “cualquiera que dé su trabajo por dinero se vende a sí mismo y se pone en el rango de los esclavos”. Su franqueza ahora es rara, pero las sociedades primitivas contemporáneas que ahora queremos observar han proporcionado oradores que han ilustrado a los antropólogos del Oeste. El Kapauku [of West Irian], según Posposil, tiene una concepción del equilibrio de la vida, y según

ella se trabaja sólo cada dos días, el día de descanso designado “para recuperar la potencia y la salud perdidas”. Nuestros ancestros, hasta tan cercanos como en el siglo dieciocho, cuando aún estaban lejos del camino hasta nuestro actual predicamento, al menos se preocupaban de lo que nosotros ya hemos olvidado, el lado inferior de la industrialización. Su religiosa devoción a “Santo Lunes” –estableciéndose así “de facto” una semana de cinco días 150-200 años antes de su consagración legal- fue la desesperación de los primeros propietarios de fábricas. Necesitaron mucho tiempo para someterse a la tiranía de la campana, predecesora del actual reloj.

De hecho fue necesario reemplazar durante una generación entera a dos hombres adultos por mujeres acostumbradas a la obediencia y niños que podrías ser moldeados para encajar en las necesidades industriales. Aún los explotados campesinos del “Antiguo Régimen” perdían un tiempo sustancial volviendo del trabajo de sus propietarios.

Según Lafargue, una cuarta parte del calendario de los campesinos de Francia estaba dedicado a los Lunes y las vacaciones, y las imágenes de Chayanov de las villas de la Rusia zarista –a duras penas una sociedad progresista- igualmente mostraban una cuarta o quinta parte de los días del campesino dedicado al reposo.

Controlando la productividad, nosotros estamos obviamente bastante lejos de estas sociedades anticuadas. Cualquier explotado “mujik” se preguntaría por qué trabajamos cualquiera de nosotros. Nosotros también.

Para abarcar la completa enormidad de nuestro deterioro, sin embargo, hay que considerar las primeras condiciones de la humanidad, sin gobierno o propiedad, cuando vagábamos como cazadores-recolectores.

Hobbes conjetura que la vida era entonces desagradable, embrutecedora y breve. Otros asumen que la vida era una desesperada e interminable lucha por la subsistencia, una guerra desatada contra la áspera Naturaleza con muerte y desastre esperando tras la mala suerte o para aquellos que estuvieran en desigualdad frente al reto de la lucha por la existencia. En realidad todo esto fue una proyección de los temores por el colapso de la autoridad de un gobierno sobre las comunidades no acostumbradas a andar sin él, como la Inglaterra de Hobbes durante la Guerra Civil. Los compatriotas de Hobbes ya habían encontrado formas alternativas de sociedad las cuales ilustraban otros modos de vida –en Norteamérica particularmente- pero también eran sociedades que estaban demasiado alejadas de su experiencia para ser comprendidas. (Las clases inferiores, más cercanas a las condiciones de los indios, las entendieron mejor y con frecuencia las encontraron atractivas. Durante todo el siglo diecisiete, los colonizadores ingleses desertaron hacia tribus indias o, capturados en la guerra, rehusaban regresar. Pero los indios no se pasaban al lado de los colonizadores blancos del mismo modo que a los alemanes no se les ocurría escalar el Muro de Berlín por el Oeste). La “supervivencia del que mejor encaja” –versión de Thomas Huxley del Darwinismo- tuvo mejor aceptación en las condiciones económicas de la Inglaterra victoriana que la que tuvo la selección natural, como el anarquista Kropotkin demostró en su libro “Ayuda mutua, un factor de evolución” (Kropotkin fue un científico –un geógrafo- que tuvo una amplia e involuntaria oportunidad de experimentación mientras estuvo exiliado en Siberia; sabía de lo que estaba hablando). Como la mayoría de las teorías sociales y políticas, la historia de Hobbes y sus sucesores nos contaba realmente una autobiografía no reconocida.



El antropólogo Marshall Sahlins, examinando datos sobre cazadores-recolectores contemporáneos, reventó el mito hobbesiano en un artículo titulado “La Opulenta Sociedad Original”.

Trabajaban mucho menos de lo que nosotros lo hacemos, y su trabajo era difícil de distinguir de lo que nosotros entendemos por juego. Sahlins concluía que “los cazadores-recolectores trabajaban menos que nosotros, y más que un trabajo continuo, la búsqueda de comida era intermitente, el ocio abundante y había una mayor cantidad de sueño a lo largo del día por cabeza y por año que en cualquier otro tipo de sociedad”. Trabajaban un promedio de cuatro horas diarias, suponiendo que eso fuera trabajar. Su labor, según nos parece, era una labor experta que ejercitaba sus capacidades físicas e intelectuales; trabajo no pericial a gran escala, como dice Sahlins, es imposible salvo bajo el industrialismo. Así se satisface la definición de juego de Friedrich Schiller, la única ocasión en la cual el hombre realiza su completa humanidad dando pleno “juego” a ambos lados de su naturaleza dual, el pensamiento y el sentimiento. Como él anotó: “El animal “trabaja” cuando la carencia es el principal motor de su actividad, y “juega” cuando la abundancia de su fuerza es su motor, cuando la vida superabundante es su propio estímulo de actividad”. (Una versión moderna –dudosamente desarrollista- es la contraposición de Abraham Maslow de motivación “deficiente” y “creciente”). El juego y la libertad son, como productos relacionados, coextensivos. Incluso Marx, que pertenece (pese a sus buenas intenciones) al panteón productivista, observó que “el reino de la libertad no comienza hasta que no se cruce el punto tras el que ya no se requiera el trabajo bajo el empuje de la necesidad y la utilidad externa”. Nunca llegó a identificar esta feliz circunstancia con la abolición del trabajo – algo bastante anómalo después de todo, el

ser pro-trabajador y anti-trabajo- pero nosotros sí.

La aspiración de volver atrás o ir hacia adelante hacia una vida sin trabajo es evidente en cada historia social o cultural seria de la Europa pre-industrial, entre ellas la “Inglaterra en transición” de M. Dorothy George y “La cultura popular en la primitiva Europa moderna” de Peter Burke. También es pertinente el ensayo de Daniel Bell, “El trabajo y sus descontentos”, el primer texto, según creo, en referirse a “la revuelta contra el trabajo” en pocas palabras y, según se entiende, una importante corrección a la complacencia ordinariamente asociada con el volumen en el que está incluido, “El fin de las ideologías”. Ni los críticos ni los entusiastas han notado que la tesis del fin de las ideologías de Bell señalaba, no el fin del malestar social, sino el comienzo de una nueva e inclasificada fase no restringida ni uniformizada por las ideologías.

Fue Seymour Lipset (en “Hombre político”), no Bell, quien anunció al mismo tiempo que “los problemas fundamentales de la Revolución Industrial han sido resueltos”, pocos años antes de que los descontentos estudiantiles post o meta industriales empujaran a Lipset desde UC Berkeley a la relativa (temporalmente) tranquilidad de Harvard.

Como notó Bell, Adam Smith en “La salud de las naciones”, pese a todo su entusiasmo por el mercado y la división del trabajo, estaba más alerta (y era más honesto) al lado sórdido del trabajo de lo que Ayn Rand o los economistas de Chicago o cualquier otro moderno epígono de Smith lo está. Como observó Smith: “El entendimiento de la mayor parte de los hombres está necesariamente formado en

sus empleos ordinarios. El hombre cuya vida se gasta en realizar unas pocas operaciones simples no tiene ocasión de ejercitar su entendimiento... Generalmente se vuelve tan estúpido e ignorante como una persona pueda volverse". Aquí, en estas pocas categóricas palabras, está mi crítica al trabajo. Bell, escribiendo en 1956. La Edad Dorada de la imbecilidad de Eisenhower y la Autocomplacencia Americana, identificó el desorganizado e inorganizable malestar de los 70, y desde entonces, la única tendencia no política que es posible aprovechar, la única identificada en el informe HEW "Trabajo en América", la única que no puede ser explotada y por lo tanto es ignorada. Ese problema es la revuelta contra el trabajo. No figura en ningún texto de ningún economista liberal -Milton Friedman, Murray Rothbard, Richard Posner- porque, en sus términos (como se dice en "Star Trek"), "no computa".

.....

Si estas objeciones, inspiradas por el amor a la libertad, fallan en persuadir a los humanistas de un viraje utilitario o incluso paternalista, hay otras que no pueden ser desatendidas. El trabajo es un riesgo para tu salud, para seguir el título de un libro. De hecho, el trabajo es un asesino de masas, un genocida. Directa o indirectamente, el trabajo matará a la mayoría de la gente que lee este artículo. Entre 14.000 y 25.000 trabajadores son asesinados anualmente en este país en el trabajo. Cerca de dos millones son incapacitados. Veinte o veinticinco millones son heridos cada año. Y estos números están basados en estimaciones muy conservadoras de lo que constituyen heridas relacionadas con el trabajo. Así, por ejemplo, no está incluido el medio millón de casos de muerte laboral cada año. Encontré un libro de medicina sobre enfermedades laborales que tenía 1.200 páginas. Y esto sólo araña la superficie. Las estadísticas disponibles cuentan casos evidentes de 100.000

mineros que tienen la enfermedad del pulmón negro, de los cuales 4.000 morirán cada año, una fatal suma que supera a la del SIDA, por ejemplo, que tiene mucha mayor atención pública. Esto hace pensar en la no expresada creencia de que el SIDA aflige a pervertidos que no pueden controlar su depravación mientras que la extracción de carbón es una sacrosanta actividad fuera de toda cuestión. Lo que las estadísticas no muestran es las decenas de millones de personas que ven sus existencias acortadas por el trabajo - lo cual, en resumen, es lo que significa un homicidio. Consideren a los médicos que trabajan por su cuenta hasta morir a los cincuenta.

Consideren otros trabajo-adictos.

.....

Incluso si no eres asesinado o lisiado mientras trabajas, podrías serlo mientras vas al trabajo, o vienes del trabajo o mientras buscas trabajo, o estás intentando olvidar el trabajo. Una basta mayoría de las víctimas de automóvil estaban yendo a sus trabajos o actividades obligatorias o cayeron víctimas de quienes así lo hacían. A esta incrementada cuenta de cuerpos han de ser añadidas las víctimas de la polución auto-industrial y el alcoholismo y la adicción a las drogas inducida por el trabajo. El cáncer y las enfermedades coronarias son aflicciones modernas normalmente atribuibles al trabajo directa o indirectamente.

.....

El trabajo, entonces, institucionaliza el homicidio como un modo de vida. La gente cree que los camboyanos estaban locos por exterminarse a sí mismo, pero ¿en qué nos diferenciamos de ellos? El régimen Pol Pot al menos tenía una visión, aunque confusa, de una sociedad igualitaria. Nosotros

matamos a la gente en un orden de seis números (al menos) para vender Big Macs y Cádillacs a los supervivientes. Nuestros cuarenta o cincuenta mil accidentados de carretera anuales son víctimas, no mártires. Mueren por nada, o peor, mueren por el trabajo. Y el trabajo no es algo por lo que morir.

.....

Malas noticias para los liberales: las componendas [regulatory tiking] no son útiles en este contexto de vida y muerte. La Administración Federal de Salud y Seguridad Ocupacional fue designada para controlar la parte principal del problema, la seguridad en el trabajo. Incluso antes de Reagan y la Corte Suprema la ahogaran, la OSHA ya era una farsa. En la previa y (generalmente aceptado) más generosa, a niveles económicos, era Carter, un centro de trabajo podía esperar una visita aleatoria de un inspector de OSHA una vez cada 46 años.

.....

El control estatal de la economía no es la solución. El trabajo es, si es que es algo, más peligroso en un país con un estado socialista que aquí. Miles de trabajadores rusos fueron asesinados o heridos construyendo el Metro de Moscú. Se oyen historias acerca de los encubiertos desastres nucleares soviéticos que hacen a Times Beach y Three-Mile Island parecer ejercicios de ataque aéreo de escuela elemental. Por otro lado, [deregulation], actualmente de moda, no ayuda y probablemente empeorará la cosa. Desde el punto de vista de seguridad y salud, entre otros, el trabajo estuvo en sus peores tiempos en los días en que la economía se acercaba más a la liberalización.

.....

Los historiadores como Eugene Genovese han argüido persuasivamente que –como insistían los apologistas de la esclavitud- los trabajadores asalariados en los estados norteamericanos y en Europa están hoy día en peores condiciones que los esclavos de las plantaciones. Ninguna reorganización entre burócratas y hombres de negocios parece que haga mucha diferencia en cuanto a producción.

Esfuerzos serios incluso en las normas más vagamente aplicables de las teorías de OSHA llevarían a la economía a un estancamiento. Los responsables se dan cuenta de esto pues ni siquiera intentan atacar a los principales causantes de males.

.....

Lo que he dicho hasta ahora no debería ser discutible. Muchos trabajadores están hartos del trabajo. Hay un alto y creciente absentismo, inactividad, robo por parte de empleados, y sabotajes, huelgas salvajes y sobretodo estafas en el trabajo. Puede estar habiendo un movimiento consciente y no sólo visceral, de rechazo al trabajo. Y también el predominante sentimiento, universal entre los jefes y sus agentes, y también ampliamente extendido entre los trabajadores mismos, de que el trabajo es inevitable y necesario.

.....

Estoy en desacuerdo. Ahora es posible abolir el trabajo y reemplazarlo, en aquella medida en que sirve para propósitos útiles, con una nueva clase de actividades libres. Abolir el trabajo requiere avanzar en dos direcciones, cuantitativa y cualitativa. Por un lado, en la dirección cuantitativa, tenemos que reducir masivamente la cantidad de trabajo que se realiza. En el presente, la mayor parte del trabajo es inútil o peor y deberíamos simplemente

eliminarlo. Por otro lado –y yo creo que éste es el tema clave y el verdadero enfoque revolucionario- tenemos que tomar el trabajo útil que queda y transformarlo en una agradable variedad de pasatiempo semejante al juego o el arte, con la salvedad de que resultarían en productos finales útiles. Seguramente esto no los haría menos entretenidos de hacer. Entonces todas las barreras artificiales de poder y propiedad caerían. La creación se volvería recreación. Y todos dejaríamos de temernos unos a otros.

.....

No sugiero que la mayor parte del trabajo sea salvable de este modo.

Pero entonces no merece la pena intentar salvar la mayor parte del trabajo. Sólo una pequeña y reducida fracción de trabajo sirve para algún propósito útil, sus añadidos políticos y legales. Hace veinte años, Paul y Percival Goodman estimaron que el cinco por ciento del trabajo que se hacía –presumiblemente, el número, si es fiable, sería más bajo hoy- satisfaría nuestras mínimas necesidades de comida, ropa y protección. La suya era únicamente una suposición instruida, pero el punto principal está bastante claro: la mayor parte del trabajo sirve para los improductivos propósitos de comercio y control social.

Inmediatamente podremos liberar a decenas de millones de hombres de negocios, soldados, empresarios, policías, agentes de bolsa, sacerdotes, banqueros, abogados, maestros, terratenientes, agentes de seguridad, hombres-anuncio, y todos los que a su vez trabajen para éstos. Hay un efecto de bola de nieve: cada vez que liberas del trabajo a un pez gordo, también liberas a sus lacayos y subordinados. Así la economía “implosiona”.

.....

El cuarenta por ciento de la fuerza de trabajo son trabajadores de cuello blanco, la mayoría de los cuales tiene una de las más tediosas e idiotizantes labores jamás maquinadas. Industrias enteras, aseguradoras y bancos y el propio estado, por ejemplo, no consisten en otra cosa sino en una inútil redistribución de papeles. No es un accidente que el sector terciario, el sector servicios, esté creciendo mientras que el sector secundario, la industria, se estanca, y el sector primario, la agricultura, casi desaparece. Debido a que el trabajo es innecesario excepto para aquellos a quienes asegura su poder, los trabajadores son trasladados desde ocupaciones relativamente útiles hacia otras relativamente inútiles como medida para asegurar el orden público. Algo es mejor que nada. Ésa es la razón por la cual no puedes irte a casa cuando has terminado antes.

Ellos quieren tu tiempo, o lo suficiente de él para controlarte, aún si no saben cómo van a utilizar la mayor parte. De otra manera, ¿por qué no ha bajado el número de horas promedio de los últimos cincuenta años más que en unos pocos minutos?

.....

Lo siguiente que podemos atacar es la producción en sí misma. No más producción de guerra, potencia nuclear, comida basura, desodorantes de higiene femenina –y sobre todo, no hablar más de la industria automovilística-.

Un ocasional Stanley Steamer o un Modelo-T podría ser adecuado, pero el erotismo automovilístico del que dependen tan infectos agujeros como Detroit y Los Ángeles está fuera de toda consideración. Ya, incluso sin haberlo intentado aún, hemos resuelto virtualmente la crisis energética, la crisis medioambiental y otra variedad de problemas sociales.

.....

Finalmente tenemos que acabar con la más amplia y extendida ocupación, la que ocupa más horas, la menor retribuida y la más tediosa de las tareas. Me refiero a las “amas de casa”, que cuidan de un hogar y se encargan de los niños. Aboliendo el trabajo asalariado y logrando un completo desempleo conseguimos minar la división sexual del trabajo. La familia nuclear tal y como la conocemos es una adaptación inevitable a la división del trabajo impuesta por el moderno trabajo asalariado. Guste o no, tal y como han ido las cosas en el último siglo (tal vez en los últimos dos siglos) es económicamente racional que el hombre traiga los garbanzos a casa, y que las mujeres realicen el trabajo sucio que le proporcione refugio en un mundo implacable, y que los niños vayan a los campos de concentración de jóvenes que se denominan escuelas, en primer lugar para mantenerlos lejos de los pelos de mamá, aunque aún bajo control, pero incidentalmente para adquirir hábitos de obediencia y puntualidad tan necesarios para los trabajadores. Si te librases del Patriarcado, te librarías de la familia nuclear cuyo impagado “trabajo oscuro”, como dijo Ivan Illich, hace posible el sistema de trabajo que “lo” hace necesario. Ligado a esta estrategia [no-nukes] está la abolición de la niñez y el cierre de las escuelas. Hay más estudiantes a tiempo completo en este país que trabajadores a tiempo completo. Necesitamos niños como maestros, no como estudiantes. Ellos tienen mucho que aportar a la revolución lúdica porque ellos están mejor puestos en el juego que los mayores. Los adultos y los niños no son idénticos, pero se vuelven iguales a través de las relaciones de interdependencia. Solamente el juego puede saltarse el “gap” generacional.



Todavía no he mencionado la posibilidad de terminar con el poco trabajo que queda automatizándolo y

robotizándolo. Todos los científicos, ingenieros y técnicos liberados de investigaciones de guerra y planes obsoletos tendrían bastante tiempo para desarrollar medios que eliminasen la fatiga, el tedio y el peligro de actividades como la minería. Indudablemente encontrarían proyectos con los que se divertirían. Tal vez pondrían en marcha un sistema mundial de comunicaciones multimedia o fundarían colonias en el espacio. Tal vez. Yo no soy un amante de los artilugios. No me gustaría vivir en un paraíso de botones. No quiero que un esclavo robot lo haga todo, yo quiero hacer cosas por mí mismo. Hay, creo, un lugar para el trabajo manual, aunque un lugar modesto. Las anotaciones históricas y pre-históricas no son alentadoras.

Cuando la tecnología productiva cambió desde los cazadores-recolectores hacia la agricultura y la industria, el trabajo se incrementó, mientras que la habilidad y la autodeterminación disminuyeron. La siguiente evolución del industrialismo ha acentuado lo que Harry Braverman llamó la degradación del trabajo. Observadores inteligentes han tenido esto siempre en cuenta.

John Stuart Mill escribió que todas las [labor-savings] inventadas no habían salvado un momento de trabajo. Karl Marx escribió que “sería posible escribir una historia de los inventos, hecha desde 1830, con el único propósito de suministrar al capital con armas contra las revueltas de la clase trabajadora”. Los tecnófilos entusiastas –Saint Simon, Comte, Lenin, B.F. Skinner- han sido también desvergonzados autoritarios, lo cual es llamarles tecnócratas. Deberíamos ser más escépticos acerca de las promesas de los místicos del computador. Ellos trabajan como perros; que sea así, si ellos lo deciden, si el resto de nosotros descansa. Pero si ellos tienen alguna contribución particular más literalmente subordinada a propósitos humanos que la de meramente trabajar en trabajar sobre máquinas de alta tecnología, entonces escuchémosles.

.....

Lo que realmente quiero ver es que el trabajo se vuelva un juego. Un primer paso es descartar las nociones de "trabajo" y "ocupación". Incluso las actividades que ya contienen algún aspecto lúdico pierden la mayoría de ese carácter cuando se reducen a trabajos los cuales cierta gente debe hacer obligatoriamente y con exclusión de cualesquiera otros. ¿No es extraño que los trabajadores del campo se agoten dolorosamente mientras sus jefes van a casa cada fin de semana y se "entretienen" en el jardín? Bajo un sistema de diversión permanente, seríamos testigos de una Edad Dorada de la diletancia que avergonzaría al Renacimiento. No habría más trabajos, sino cosas por hacer y gentes para hacerlas.

.....

El secreto de convertir el trabajo en juego, como demostró Charles Fourier, es organizar las actividades útiles para que aprovecharan todo aquello que a la gente le gusta hacer en cualquier momento. Hacer posible que algunas personas hagan las cosas que les podría gustar hacer sería suficiente para erradicar las irracionalidades y distorsiones que afligen a esas actividades cuando se ven reducidas a trabajo. Yo, por ejemplo, disfruto enseñando (no demasiado), pero no quiero estudiantes coaccionados y no me gusta tener a patéticos pedantes por alumnos [I don't care to suck up to pathetic pedants for tenure]

.....

Segundo, hay algunas cosas que la gente gusta hacer ocasionalmente, pero no demasiado y ciertamente no todo el tiempo. Podrías disfrutar cuidando niños unas pocas horas por el hecho de su compañía, pero no tanto tiempo como sus

propios padres. Por su parte, los padres apreciarían profundamente el tiempo que les liberas de sus hijos, aunque se preocuparían muchísimo si los separasen de su progenie demasiado tiempo. Estas diferencias entre los individuos es lo que hace que sea posible la vida de juego libre. El mismo principio se aplica a otras áreas de actividad, especialmente el área primaria. Así mucha gente disfruta cocinando cuando lo practican seriamente en su tiempo de ocio, pero no cuando están cebando cuerpos para el trabajo.

.....

Tercero –otras cosas son también iguales-, algunas cosas que son insatisfactorias si las haces tú mismo o en un entorno desagradable o bajo las órdenes de un superior, resultan más agradables si estas circunstancias cambian.

Esto es probablemente cierto, en mayor o menor medida, en todo trabajo.

La gente emplea su de otra manera desperdiciada ingenuidad en imaginar como un juego el más esclavizador trabajo. Actividades que interesan a uno no siempre interesan a otros, pero todos al menos tienen una variedad potencial de intereses y un interés en la variedad. Como dice el dicho "todo una vez". Fourier fue el maestro en especular cuán aberrantes y perversas inclinaciones podrían practicarse en una sociedad post civilizada, que llamó Harmonía. Él pensaba que el Emperador Nerón hubiera dado todos sus derechos si como un niño pudiera dar rienda suelta a su gusto por la sangre trabajando en un matadero. Los niños pequeños con un apreciable gusto por revolcarse en la porquería podrían ser organizados en "Pequeñas Hordas" para limpiar baños y vaciar la basura, con medallas que recompensaran a los más sobresalientes. No es que esté proponiendo esos precisos ejemplos sino el principio que subyace bajo ellos, los cuales da un sentido perfecto de una dimensión de la transformación

revolucionaria total. Hay que recordar que no tenemos que tomar el trabajo que se hace hoy día y asignárselo a la gente más apropiada, algunos de los cuales tendrían que ser perversos realmente.

Si la tecnología tiene un papel en todo esto es menos automatizar el trabajo de la existencia que abrir nuevos reinos para la re/creación. En alguna medida podemos desear volver a la artesanía, la cual William Morris consideró un probable y deseable resultado de la revolución comunista. El arte retornaría de los snobs y los coleccionistas, abolidos como departamento especial de abastecimiento de una audiencia de élite, y sus cualidades de belleza y creación serían devueltas a una vida integral desde la cual fueran sustraídos por el trabajo. Es un sensato pensamiento el que las urnas griegas sobre las cuales hemos escrito odas y mostramos en museos fueran usadas en su tiempo para almacenar aceite de oliva.

Yo dudo que nuestros artefactos de uso diario lleguen al futuro de la misma manera, si es que llegan. El asunto es que no hay nada en el mundo del trabajo que se pueda llamar progreso, si hay algo es contrario. No deberíamos dudar de extraer del pasado lo que tiene que ofrecernos, los antepasados no pierden nada y nosotros nos enriquecemos.

La reinención de la vida diaria significa salir de los de nuestras propuestas actuales [maps]. Hay, es cierto, más especulaciones sugestivas de lo que la gente sospecha. Además de Fourier y Morris –y alguna indirecta aquí y allá en Marx- hay escritos de Kropotkin, los sindicalistas Pataud y Puget, viejos anarco-comunistas (Berkman) y nuevos (Bookchin). Las comunidades de hermanos Goodman son ejemplares para ilustrar qué formas se derivan de funciones (propósitos) dados, y que hay algo que recoger de los frecuentemente confusos

heraldos de la tecnología alternativa/apropiada/mediadora/convencional, como Schumacher y especialmente Illich, una vez que desconectas su máquina de humno. Los situacionistas –como los representados por “La revolución de la vida diaria” de Vaneigem y la “Antología Internacional Situacionista”- son tan implacablemente lúcidos, como estimulantes, aún si ellos no encajan lo suficientemente el apoyo a la regla del concejo de los trabajadores con la abolición del trabajo. Mejor su incongruencia, [though] que la de alguna versión izquierdista existente, cuyos devotos buscan ser los últimos campeones del trabajo, porque si no hubiera trabajo no habría trabajadores y sin trabajadores, ¿quién organizaría la izquierda?

Así que los abolicionistas estarán mucho tiempo solos. Nadie puede decir qué puede resultar de desatar la potencia creativa anulada por el trabajo. Todo puede suceder. El agotador problema del debate entre la libertad y la necesidad, con sus alusiones teológicas, se resuelve a sí mismo prácticamente una vez que la producción de valores de uso sea coextensiva al consumo de la encantadora tarea-juego.

La vida se vuelve un juego, o mejor muchos juegos, pero no, como ahora, un juego de suma cero. Un encuentro sexual óptimo es el paradigma del juego productivo. Los participantes se potencian mutuamente sus goces, nadie lleva la puntuación, nadie gana. Cuanto más das más recibes. En la vida lúdica, lo mejor del sexo se difunde en la mejor parte de la vida diaria. El juego generalizado lleva a la libidinización de la vida. El sexo, en principio, puede volverse menos urgente y desesperado, más jugueteón. Si jugamos bien nuestras cartas podremos obtener

más de la vida de lo que ponemos, pero sólo
si jugamos por subsistencia.



Nadie debería trabajar. ¡Trabajadores
del mundo... relajaos!



LA SOCIEDAD DE SUPERVIVENCIA

(RATGEB: De la huelga salvaje a la autogestión revolucionaria. Cap. 1 pp. 11-15. Barcelona. Ed. Anagrama 1978)

¿Has sentido al menos una vez el deseo de llegar tarde al trabajo, o de abandonarlo antes de hora?

En tal caso, has entendido que:

a) El tiempo de trabajo cuenta doble pues es tiempo perdido dos veces:

-Como tiempo que sería más agradable emplear en el amor, en el ensueño, en los placeres, en las pasiones; como tiempo del cual disponer libremente

-Como tiempo de desgaste físico y nervioso.

b) El tiempo de trabajo absorbe la mayor parte de la vida, pues determina asimismo el tiempo llamado "libre", el tiempo de dormir, de descansar, de desplazamiento, de comida, de distracción. Afecta también al conjunto de la vida cotidiana de cada cual y tiende a reducirla a una sucesión de instantes y de lugares, que tienen en común la misma repetición vacía, la misma ausencia creciente de vida auténtica.

c) El tiempo de trabajo forzado es una mercancía. En todas partes donde hay mercancía hay trabajo forzado, y casi todas las actividades se semejan progresivamente al trabajo forzado: producimos, consumimos, comemos, dormimos para un patrono, para un jefe, para el Estado, para el sistema de la mercancía generalizada.

d) Trabajar más es vivir menos.

En realidad, ya estás luchando, conscientemente o no, por una sociedad que asegure a cada cual a disponer por sí mismo del tiempo y del espacio; de construir cada día su vida como la desea.

¿Has sentido al menos una vez el deseo de dejar de trabajar (sin hacer trabajar a los otros por ti)?

En tal caso, has entendido que:

a) Aunque el trabajo forzado produjera únicamente bienes útiles como ropas, alimentos, técnica, comodidad... no por ello resultaría menos opresivo e inhumano, pues:

-El trabajador seguiría desposeído de su producto y sometido a las mismas leyes de la carrera tras el beneficio y el poder.

-El trabajador seguiría trabajando diez veces más del tiempo necesario en una organización atractiva de la creatividad para poner a la disposición de todos cien veces más de bienes.

b) El sistema mercantil, que domina por doquier el trabajo forzado, no tiene el objetivo, como se nos pretende hacer creer, de producir bienes útiles y agradables para todos; tiene el objetivo de producir unas mercancías. Independientemente de su empleo útil, inútil o contaminante, las mercancías no tienen otra función que la de mantener el beneficio y el poder de la clase dominante. En dicho sistema, todo el mundo trabaja por nada y cada día adquiere mayor conciencia de ello.

c) Al acumular y renovar las mercancías, el trabajo forzado aumenta el poder de los patronos, de los burócratas, de los jefes, de los ideólogos. Se convierte así en un objeto repulsivo para los trabajadores. Todo paro es una manera de volver a ser nosotros mismos y un desafío para quienes nos lo impiden.

d) El trabajo forzado produce únicamente mercancías. Toda mercancía es inseparable de la mentira que representa. Así pues, el trabajo forzado produce mentiras, produce un mundo de falsas representaciones, un mundo al revés en el que la imagen sustituye a la realidad. En este sistema espectacular y mercantil, el trabajo forzado produce sobre sí mismo dos mentiras importantes:

-La primera es que el trabajo es útil y necesario, y que a todos nos interesa trabajar.

-La segunda mentira es hacer creer que los trabajadores son incapaces de emanciparse del trabajo y de la condición asalariada, que no pueden edificar una sociedad radicalmente nueva, basada en la creación colectiva y atractiva y en la autogestión generalizada.

En realidad ya estás luchando, conscientemente o no, por una sociedad en la que la conclusión del trabajo forzado deje espacio a una creatividad colectiva regulada por los deseos de cada cual, y a la distribución gratuita de los bienes necesarios para la construcción de la vida cotidiana. El final del trabajo forzado significa el final del sistema en el que reinan el beneficio, el poder jerarquizado, la mentira general. Significa el final del sistema espectacular-mercantil e inicia un cambio global de todas las preocupaciones. La búsqueda de la armonía de las pasiones, finalmente liberadas y reconocidas, sucederá a la carrera tras el dinero y las migajas de poder.

¿Te ha sucedido sentir fuera del lugar de trabajo la misma repugnancia y el mismo cansancio que en la fábrica?

En tal caso, has entendido que:

a) La fábrica está en todas partes. Es la mañana, el tren, el coche, el paisaje destruido, la máquina, los jefes, la casa, los diarios, la familia, el sindicato, la calle, las compras, las imágenes, la paga, la televisión, el lenguaje, las vacaciones, la escuela, los trabajos caseros, el aburrimiento, la cárcel, el hospital, la noche. Es el tiempo y el espacio de la supervivencia cotidiana. Es la costumbre de los gestos repetidos, de las pasiones rechazadas y vividas por delegación, por imágenes impuestas.

b) Toda actividad reducida a la supervivencia es un trabajo forzado; todo

trabajo forzado transforma el producto y el productor en objeto de supervivencia, en mercancía.

c) El rechazo de la fábrica universal está en todas partes puesto que el sabotaje y la desviación se extienden por doquier en los proletarios y les permiten seguir sintiendo placer en pasear, en hacer el amor, en encontrarse, en beber, en comer, en soñar, en preparar la revolución de la vida cotidiana sin descuidar lo más mínimo los placeres que todavía no están totalmente alienados.

En realidad, ya estás luchando conscientemente o no, por una sociedad en la que las pasiones lo sean todo, el aburrimiento y el trabajo nada. Sobrevivir no nos ha impedido hasta ahora vivir; ahora se trata de poner el mundo al revés; de apoyarse en los momentos auténticos, condenados a la clandestinidad y a la falsificación en el sistema espectacular-mercantil; los momentos de la dicha real, de placer sin reservas, de pasión.

SI ME LLAMAN VAGO...

(.RAFA.)

Publicado en la revista **EKINTZA**
ZUZENA nº 22

Si me llaman vago porque no me gusta trabajar – les diré que lo soy.

Si me llaman vago porque cada uno debe dar según sus posibilidades y recibir según su necesidad, pues para qué negarlo – lo soy.

Si me llaman vago porque creo que el trabajo (del latín “tri-palium”), junto a la programación y el fraccionamiento del tiempo, son el mayor sistema para tenernos ataditos y bien ataditos, lo soy, no cabe duda.

Si me llaman vago porque creo que el imperio del capital se basa en la esclavitud a que nos someten mientras nos explotan con el trabajo. Lo soy, ¿lo dudan?

Si me llaman vago porque creo que el dinero es la zanahoria que utilizan para tenernos tirando como borricos de la noria mientras nos damos coces para no quedarnos parados y sin zanahoria y dando mordiscos y abriéndonos paso a codazos para correr detrás de ella, y me gustaría no ser tan borrico (con perdón de los borricos), pues lo digo sin rodeos... lo soy.

Si me llaman vago porque creo que el trabajo es tiempo vacío que a mí me gustaría llenar, está claro que lo soy.

Si me llaman vago porque me gusta escribir, escuchar, hablar, leer, jugar, cantar, componer, hacer-ver teatro-cine, pintar, hacer el amor, y creo que queda muy poco tiempo para hacer estas cosas porque estamos todo el día trabajando, estudiando o haciendo lo que sea para buscar trabajo, ya es que no sé como decirselo... soy vago.

Si me llaman vago porque creo que en una sociedad libertaria, sin burocracia, produciendo lo estrictamente necesario y

dejándonos de vaciar tiempo produciendo cantidad de armatostes estúpidos, y con el mogollón de peña que somos y lo que producen las máquinas, que para eso están, iban a sobrar horas por todos los sitios, pues miren, soy vago, ¿no lo voy a ser?

Y si por mi poco amor al trabajo y otras muchas cosas me llaman vago, marica, indeseable, hereje, y hasta quién sabe, aunque todavía no lo han hecho (sólo les faltaba eso), me amenazan con tenerme ocho horas diarias de rodillas con los brazos en cruz sujetando las obras completas de algún autor del siglo pasado mientras canto algún himno de épocas gloriosas, pues mira, sólo puedo decir tres cosas: primero, que soy todas esas cosas que dicen; segundo, que su vocabulario se parece mucho a unos que yo me sé; y tercero, a ver si se enteran en qué época viven.

Me voy a la cama, ¿vienes?

ELOGIO DE LA HOLGAZANERÍA (.BERTRAND RUSSELL.)

Quiero decir, con toda seriedad, que la fe en las virtudes del trabajo está haciendo mucho daño en el mundo moderno y que el camino hacia la felicidad y la prosperidad pasa por una reducción organizada del trabajo.

Ante todo, ¿qué es el trabajo? Hay dos tipos de trabajo; el primero: modificar la disposición de la materia en, o cerca de, la superficie de la tierra, en relación con otra materia dada; el segundo: mandar a otros que lo hagan. El primero es desagradable y está mal pagado; el segundo es agradable y muy bien pagado. El segundo tipo es susceptible de extenderse indefinidamente; no solamente están los que dan órdenes, sino también los que dan consejos acerca de qué órdenes deben darse. Por lo general, dos grupos organizados de hombres dan simultáneamente dos clases opuestas de consejos; eso se llama política. Para este tipo de trabajo no se requiere el conocimiento de los temas acerca de los cuales dar consejos, sino el conocimiento del arte de hablar y escribir persuasivamente, es decir, el arte de la propaganda.

En Europa, aunque no en Norteamérica, hay una tercera clase de hombres, más respetada que cualquiera de las clases de trabajadores. Hay hombres que, merced a la propiedad de la tierra, están en condiciones de hacer que otros paguen por el privilegio de que se les consienta existir y trabajar. Estos terratenientes son holgazanes, y por ello cabría esperar que yo los elogiara. Desgraciadamente, su holgazanería sólo resulta posible gracias a la laboriosidad de otros; en efecto, su deseo de cómoda ociosidad es la fuente histórica de todo el evangelio del trabajo. Lo último que podrían desear es que otros siguieran su ejemplo.

Desde el comienzo de la civilización hasta la revolución industrial, un hombre podía, por lo general, producir trabajando duramente poco más de lo imprescindible para su propia subsistencia y la de su familia, aún cuando su mujer trabajara al menos tan duramente como él, y sus hijos agregaran su trabajo tan pronto como tenían la edad necesaria para ello. El pequeño excedente sobre lo estrictamente necesario no se dejaba en manos de los que producían, sino que se lo apropiaban los guerreros y los sacerdotes. En tiempos de hambruna no había excedente; los guerreros y los sacerdotes, sin embargo, seguían reservándose tanto como en otros tiempos, con el resultado de que muchos de los trabajadores morían de hambre. Este sistema perduró en Rusia hasta 1917 y todavía perdura en Oriente; en Inglaterra, a pesar de la revolución industrial, se mantuvo en plenitud durante las guerras napoleónicas y hasta hace cien años, cuando la nueva clase de los industriales ganó el poder. En Norteamérica, el sistema finalizó cuando se hizo la Revolución, excepto en el Sur, donde sobrevivió hasta la guerra civil. Un sistema que duró tanto y que terminó tan recientemente ha dejado, como es natural, una huella profunda en los pensamientos y las opiniones de los hombres. Buena parte de lo que damos por sentado acerca de la conveniencia del trabajo procede de este sistema y, al ser preindustrial, no está adaptado al mundo moderno. La técnica moderna ha hecho posible que el ocio, dentro de ciertos límites, no sea prerrogativa de las clases privilegiadas poco numerosas, sino un derecho equitativamente repartido en toda la comunidad. La moral del trabajo es la moral de los esclavos, y el mundo moderno no tiene necesidad de esclavitud (...).

Moral esclavista

El concepto de deber, en términos históricos, ha sido un medio utilizado por los poseedores del poder para inducir a los demás a trabajar, a vivir para el interés de

sus amos, más que para su propio interés. Por supuesto, los poseedores del poder ocultan este hecho aún ante sí mismos, y se las arreglan para creer que sus intereses son idénticos a los más grandes intereses de la humanidad. A veces, esto es cierto; los atenienses propietarios de esclavos, por ejemplo, empleaban parte de su tiempo libre en hacer una contribución permanente a la civilización, que hubiera sido imposible bajo un sistema económicamente justo. El tiempo libre es esencial para la civilización y, en épocas pasadas, sólo el trabajo de los más hacía posible el tiempo libre de los menos. Pero el trabajo era valioso, no porque el trabajo en sí fuera bueno, sino porque el ocio es bueno. Y con la técnica moderna sería posible distribuir justamente el ocio, sin menoscabo para la civilización.

La técnica moderna ha hecho posible reducir enormemente la cantidad de trabajo requerida para asegurar lo imprescindible para la vida de todos. Esto se hizo evidente durante la Segunda Guerra Mundial. En aquel tiempo, todos los hombres y todas las mujeres ocupados en espiar, en hacer propaganda bélica o en las oficinas del gobierno relacionadas con la guerra, fueron apartados de las ocupaciones productivas. A pesar de ello, el nivel general de bienestar físico entre los salarios no especializados de las naciones aliadas fue más algo que antes y que después. La significación de este hecho fue encubierta por las finanzas: los préstamos hacían aparecer las cosas como si el futuro estuviera alimentando al presente. Pero esto, desde luego, hubiese sido imposible; un hombre no puede comerse una rebanada de pan que todavía no existe. La guerra demostró de modo concluyente que la organización científica de la producción permite mantener a las poblaciones modernas en un considerable bienestar con sólo una pequeña parte de la capacidad de trabajo del mundo entero. Si hombres que lucharan y fabricaran municiones, se hubieran mantenido al finalizar la guerra, y se hubiesen reducido a cuatro las horas de

trabajo, todo hubiera ido bien. En lugar de ello, fue restaurado el antiguo caos: aquellos cuyo trabajo se necesitaba se vieron obligados a trabajar muchas horas, y al resto se le dejó morir de hambre por falta de empleo. ¿Por qué? Porque el trabajo es un deber, y un hombre no debe recibir salarios proporcionados a lo que ha producido, sino proporcionados a su virtud, demostrada por su laboriosidad.

Ésta es la moral del estado esclavista, aplicada en circunstancias completamente distintas de aquellas en las que surgió. No es de extrañar que el resultado haya sido desastroso. Tomemos un ejemplo. Supongamos que, en un momento determinado, cierto número de personas trabaja en la manufactura de alfileres. Trabajando –digamos- ocho horas por día, hacen tantos alfileres como el mundo necesita. Alguien inventa un método con el cual el mismo número de personas puede hacer dos veces el número de alfileres que hacía antes. Pero el mundo no necesita duplicar ese número de alfileres; los alfileres son ya tan baratos, que difícilmente pudiera venderse alguno más a un precio inferior. En un mundo sensato, todos los implicados en la fabricación de alfileres pasarían a trabajar cuatro horas en lugar de ocho, y todo lo demás continuaría como antes. Pero en el mundo real esto se juzgaría desmoralizador. Los hombres aún trabajan ocho horas; hay demasiados alfileres; algunos patronos quiebran, y la mitad de los hombres anteriormente empleados en la fabricación de alfileres son despedidos y quedan sin trabajo. Al final hay tanto tiempo libre como en el otro plan, pero la mitad de los hombres están absolutamente inactivos, mientras la otra mitad sigue trabajando demasiado. De este modo, queda asegurado que el inevitable tiempo libre produzca miseria por todas partes, en lugar de ser una fuente de felicidad universal. ¿Puede imaginarse algo más insensato?

La idea de que el pobre deba disponer de tiempo libre siempre ha sido escandalosa para los ricos. En Inglaterra, a principios del siglo XIX, la jornada laboral de trabajo de un hombre era de quince horas; los niños hacían la misma jornada algunas veces y, por lo general, trabajaban doce horas al día. Cuando los entrometidos apuntaron que quizá tal cantidad de horas fuese excesiva, les dijeron que el trabajo aleja a los adultos de la bebida y a los niños del mal. Cuando yo era niño, poco después de que los trabajadores urbanos hubieran adquirido el voto, fueron establecidas por ley ciertas fiestas públicas, con gran indignación de las clases altas. Recuerdo haber oído a una anciana duquesa decir: “¿Para qué quieren las fiestas los pobres? Deberían trabajar”. Hoy, las gentes son menos francas, pero el sentimiento persiste, y es la fuente de gran parte de nuestra confusión económica.

Consideremos por un momento francamente, sin superstición, la ética del trabajo. Todo ser humano, por necesidad, consume cierto volumen del producto del trabajo humano. Aceptando, cosa que podemos hacer, que el trabajo es, en conjunto, desagradable, resulta injusto prestar algún servicio en lugar de producir artículos de consumo, como en el caso de un médico, por ejemplo; pero algo ha de aportar a cambio de su manutención y alojamiento. En esta medida, el deber de trabajar ha de ser admitido; pero sólo en esta medida. No insistiré en el hecho de que, en todas las sociedades modernas... mucha gente cuide aún esta mínima cantidad de trabajo; por ejemplo, todos aquellos que heredan dinero y todos aquellos que se casan por dinero. No creo que el hecho de que se consienta a estos permanecer ociosos sea casi tan perjudicial como el hecho de que se espere de los asalariados que trabajen en exceso o que mueran de hambre.

Cuatro horas diarias

Si el asalariado ordinario trabajase cuatro horas al día, alcanzaría para todos y no habría desempleo –dando por supuesta cierta cantidad muy moderada de organización sensata-. Esta idea escandaliza a los ricos porque están convencidos de que el pobre no sabría cómo emplear tanto tiempo libre. En Norteamérica, los hombres suelen trabajar muchas horas, aún cuando ya estén bien situados; estos hombres, naturalmente, se indignan ante la idea del tiempo libre de los asalariados, excepto bajo la forma del inflexible castigo del desempleo; en realidad, les disgusta el ocio aún para sus hijos.

El sabio empleo del tiempo libre, hemos de admitirlo, es un producto de la civilización y de la educación. Un hombre que ha trabajado largas horas durante toda su vida, se aburrirá si queda súbitamente inactivo. Pero sin una cantidad considerable de tiempo libre, un hombre se ve privado de muchas de las mejores cosas. Y ya no hay razón alguna para que el grueso de la gente haya de sufrir tal privación; solamente un necio ascetismo, generalmente vicario, nos lleva a seguir insistiendo en trabajar en cantidades excesivas, ahora que ya no es necesario (...).

Podrá decirse que, en tanto que un poco de ocio es agradable, los hombres no sabrían cómo llenar sus días si solamente trabajaran cuatro horas de las veinticuatro. En la medida en que ello es cierto en el mundo moderno, es una condena de nuestra civilización; no hubiese sido cierto en ningún periodo anterior. Antes había una capacidad para la alegría y los juegos que hasta cierto punto ha sido inhibida por el culto a la eficiencia. El hombre moderno piensa que todo debería hacerse por alguna razón determinada, y nunca por sí mismo.

La noción de que las actividades deseables son aquellas que producen beneficio económico lo ha puesto todo patas arriba. En un sentido amplio, se sostiene que ganar dinero es bueno y

gastarlo es malo. Teniendo en cuenta que son dos aspectos de una misma transacción, esto es absurdo; del mismo modo podríamos sostener que las llaves son buenas, pero que los ojos de las cerraduras son malos. Cualquiera que sea el mérito que puede haber en la producción de bienes, debe derivarse en la ventaja que se obtiene consumiéndolos. El individuo, en nuestra sociedad, trabaja por un beneficio, pero el propósito social de su trabajo radica en el consumo de lo que él produce. Este divorcio entre los propósitos individuales y los sociales respecto de la producción es lo que hace que a los hombres les resulta tan difícil pensar con claridad dentro de un mundo en el que la obtención de beneficios es el incentivo de la industria. Pensamos demasiado en la producción y demasiado poco en el consumo. Como consecuencia de ello, concedemos demasiada poca importancia al goce y a la simple felicidad, y no juzgamos la producción por el placer que da al consumidor.

Cuando propongo que las horas de trabajo sean reducidas a cuatro, no intento decir que todo el tiempo restante deba necesariamente malgastarse en puras frivolidades. Quiero decir que cuatro horas de trabajo al día deberían dar derecho a un ser humano a los artículos de primera necesidad y a las comodidades elementales de la vida, y que el resto de su tiempo debería ser de él para emplearlo como creyera conveniente. Una parte esencial de este tipo de sistema social es que la educación vaya más allá del punto que suele alcanzar en la actualidad y se proponga, en parte, despertar aficiones que capaciten al ser humano para utilizar con inteligencia su tiempo libre. No pienso especialmente en la clase de cosas que pudieran considerarse pedante. Las danzas campesinas han muerto, excepto en remotas regiones rurales, pero los impulsos que dieron lugar a que se las cultivaran deben de existir todavía en la naturaleza humana. Los placeres de las poblaciones urbanas han llegado a ser en su mayoría

pasivos: ver películas, presenciar partidos de fútbol, escuchar la radio, y así sucesivamente. Ello resulta del hecho de que sus energías activas se consumen completamente en el trabajo; si tuvieran más tiempo libre, volverían a divertirse con juegos en los que hubieran de tomar parte activa (...).

En un mundo donde nadie sea obligado a trabajar más de cuatro horas al día, toda persona con curiosidad científica podría satisfacerla, y todo pintor podría pintar sin morir de hambre, no importa lo maravillosos que puedan ser sus cuadros. Los escritores jóvenes no se verían forzados a llamar la atención por medio de sensacionales chapucerías, hechas con miras a obtener la independencia económica que se necesita para las obras monumentales, y para las cuales, cuando por fin llega la oportunidad, habrán perdido el gusto y la capacidad. Aquellos que en su trabajo profesional se interesen por algún aspecto de la economía o de la administración, serán capaces de desarrollar sus ideas sin el distanciamiento académico, que suele hacer aparecer carentes de realismo las obras de los economistas universitarios. Los médicos tendrán tiempo de aprender acerca de los progresos de la medicina; los maestros no lucharán desesperadamente para enseñar por métodos rutinarios cosas que aprendieron en su juventud, y cuya falsedad puede haber sido demostrada con el paso del tiempo.

Sobre todo habrá felicidad y alegría de vivir, en lugar de nervios gastados, cansancio y disepsia. El trabajo exigido bastará para hacer del ocio algo delicioso, pero no para producir agotamiento. Puesto que los seres humanos no estarán cansados en su tiempo libre, no querrán solamente distracciones pasivas e insípidas. Es probable que la menos u uno por ciento dedique el tiempo que no le consume su trabajo profesional a tareas de algún interés público y, puesto que no dependerá de tales tareas para ganarse la

vida, su originalidad no se verá estorbada y no habrá necesidad de conformarse a las normas establecidas por los viejos eruditos. Pero no solamente en estos casos se manifestarán las ventajas del ocio. Los hombres y las mujeres corrientes, al tener la oportunidad de una vida feliz, llegarán a ser más bondadosos, menos persecutorios, y menos inclinados a mirar a los demás con suspicacia. La afición a la guerra desaparecerá, en parte por la razón que antecede y en parte porque supone un largo y duro trabajo para todos. El buen carácter es, de todas las cualidades morales, la que más necesita el mundo, y el buen carácter es consecuencia de la tranquilidad y la seguridad, no de una vida ardua de lucha. Los métodos de producción modernos nos han dado la posibilidad de la paz y la seguridad para todos; hemos elegido, en vez de esto, el exceso de trabajo para unos y el hambre para otros. Hasta aquí, hemos sido tan activos como lo éramos antes de que hubiese máquinas; en esto hemos sido unos necios, pero no hay razón para seguir siendo necios para siempre.

LA DICTADURA DEL RELOJ

(.GEORGE WOODCOK.)

(Texto publicado en War
Commentary-For Anarchism en marzo de
1944)

El reloj, como señaló Lewis Mumford, es la máquina clave de la era de las máquinas, tanto por su influencia en la tecnología como en las costumbres humanas. Técnicamente, el reloj fue la primera máquina realmente automática que alcanzó alguna importancia en la vida humana. Antes de su invención, las máquinas comunes eran de tal naturaleza que su funcionamiento dependía de alguna fuerza externa y poco confiable, como la del hombre, la de los músculos del animal, la del agua o la del viento (...). El reloj fue la primera máquina automática que alcanzó una importancia pública y una función social. La manufactura de los relojes fue la industria en la cual el hombre aprendió los elementos para construir máquinas y en la que logró la habilidad técnica necesaria para producir la complicada maquinaria de la revolución industrial.

Socialmente el reloj tuvo una influencia más profunda que cualquier otra máquina, porque fue el medio por el cual se pudo lograr la regularización y regimentación de la vida, tan necesarias para el sistema de explotación industrial. El reloj suministró el medio por el cual el tiempo -una categoría tan ambigua que ninguna filosofía ha podido aún determinar su naturaleza- pudo ser medido concretamente en los términos más tangibles del espacio provisto por los cuadrantes del reloj. El tiempo, en tanto duración, dejó de ser tenido en cuenta, y los seres humanos empezaron a hablar y a pensar siempre en extensiones de tiempo, como si estuvieran hablando de medidas de alguna tela. Ahora que podía medirse en símbolos matemáticos, el tiempo fue considerado como una mercancía que podía

ser comprada y vendida como cualquier otra.

Los nuevos capitalistas, en particular, se volvieron rabiosamente conscientes del tiempo. Éste, simbolizando el trabajo de los obreros, fue considerado casi como la principal materia prima de la industria. "El tiempo es dinero" se volvió una de las consignas clave de la ideología capitalista, y el cronometrista fue el más importante de los nuevos tipos de funcionario introducido por el diseño del capitalismo (...).

Los hombres se volvieron como relojes, actuando con una regularidad repetitiva sin ninguna semejanza con la vida rítmica de un ser natural. Se volvieron como dice la frase victoriana, "tan metódicos como un mecanismo de relojería". Sólo en las regiones campesinas, donde la vitalidad natural de animales y plantas y los elementos seguían dominando la vida, continuó existiendo un sector bastante grande de la población que no sucumbió al mortal tic-tac de la monotonía.

APOLOGÍA DE LOS OCIOSOS

(Robert L. Stevenson)

¿No daría el estudioso algunas raíces hebreas y el hombre de negocios algunas medias coronas por compartir extensamente el conocimiento de la vida que tiene el holgazán y su Arte de Vivir? No sólo eso: el vago tiene otra cualidad, más importante todavía. Me refiero a su sentido común. Quien ha observado mucho la infantil satisfacción de otras personas en sus hobbies se considerará a sí mismo con una indulgencia muy irónica. No se le oírán entre los dogmáticos. Tendrá una gran tolerancia tranquila para todo tipo de gentes y de opiniones. Si no encuentra verdades extraviadas, no se identificará con ninguna flagrante falsedad. Su andar lo lleva por un atajo no muy frecuentado, pero muy llano y agradable, que se llama Callejuela del Lugar Común y conduce al Mirador del Sentido Común. Desde allí una muy agradable, si no muy noble, exploración; y mientras otros observan el Este y el Oeste, el Ocaso y el Sol Naciente, él gozará pacíficamente de una especie de amanecer sobre todas las cosas sublunares con un ejército de sombras que corre rápidamente en muchas diferentes direcciones bajo la gran luz diurna de la eternidad. Las sombras y las generaciones, los agudos doctores y las guerras vibrantes acaban en el silencio y en el vacío; pero bajo todo eso, un hombre puede ver desde las ventanas del Mirador mucho paisaje verde y apacible; muchos saloncitos iluminados por el fuego; buena gente riendo, bebiendo, haciendo el amor como lo hacían antes del Diluvio o de la Revolución Francesa; y al viejo pastor contando su fábula bajo el espino.

La aplicación extrema, ya sea en la escuela, en la universidad, en la iglesia o en el mercado, es un síntoma de vitalidad deficiente; pero una cierta facultad para la holgazanería implica un apetito universal y un fuerte sentido de identidad personal. Existe una especie de muertos vivientes,

personas fatigadas que apenas son conscientes de vivir excepto en el ejercicio de alguna ocupación convencional. Si llevamos a estas gentes al campo o las subimos a un barco, veremos que anhelan su pupitre o su estudio (...). No es bueno hablar de este tipo de gente: no pueden ser perezosos, su naturaleza no es suficientemente generosa; y pasan, en una especie de coma, las horas que no dedican a moler oro furtivamente. Cuando no tienen que ir a la oficina, cuando no están hambrientos no sienten deseos de bener, el mundo entero es un vacío para ellos. Si tienen que esperar una hora para tomar el tren, caen en un estúpido trance con los ojos abiertos. Al verlos, uno supondría que no hay nada que mirar ni nadie a quien hablar; se imaginaría que están paralizados o alienados y, sin embargo, es muy posible que sean grandes trabajadores en su especialidad y que tengan muchas vista para un fallo en una escritura o un cambio en el mercado (...).

Como si el espíritu humano no fuese ya demasiado limitado para comenzar con él, han estrechado y achicado los suyos con una vida toda de trabajo y sin ningún juego; hasta aquí los tenemos, a los cuarenta, con la atención perdida, la mente vacía de todo tema de diversión y ni un sólo pensamiento que contrastar con otro, mientras esperan el tren. No me parece a mí que esto sea el Éxito de la Vida.

2 DE MAYO. DÍA INTERNACIONAL DEL OCIO

Frente al 1º de Mayo, día internacional de la tortura asalariada, existe una fecha histórica y enmudecida por la tremenda tradición impuesta de elogio al trabajo, una fecha de rechazo al trabajo asalariado.

En 1896, los mineros de Dantzig (hoy Gdansk), Polonia, se hallaban en huelga de brazos caídos. Mientras la mayoría de l@s trabajador@s paraban por la jornada laboral de ocho horas, estos mineros, en reclamo por una reducción de la jornada a cinco horas, marcharon a ocupar sus puestos el uno de Mayo, decididos a mantenerse ociosos por tiempo indeterminado. Aunque la ocupación fue pacífica, los trabajadores cercaron con explosivos la boca de la mina para que las fuerzas de represión no pudieran entrar. En respuesta, el 2 de mayo, las tropas del ejército atacaron a cañonazos el lugar, cuya entrada se derrumbó, provocando la muerte de 67 mineros por asfixia.

Ese mismo año, Paul Lafargue (autor del mítico panfleto "Derecho a la pereza"), propuso al parlamento francés que a partir de ese momento aquel día fuese declarado feriado oficial.

Aunque el proyecto no prosperó, un grupo de disidentes de la Primera Internacional de Trabajador@s lo mencionó nuevamente durante el intento de formación de una Internacional Ociosa en la ciudad de Bordeaux, Francia, en 1898. Esa reunión (por lo demás, regada con abundante pernod y ajenjo, por lo que acabó auto-disolviéndose por una discusión en plena euforia etílica), donde se redactó un documento llamado "Prolegómenos para una sociedad del ocio", propuso, entre otras, una consigna diametralmente opuesta a los discursos de todas las organizaciones de trabajadores y trabajadoras de aquel entonces: "A CADA UN@ SEGÚN SUS NECESIDADES, DE

CADA UN@ SEGÚN SU VOLUNTAD". Y por moción del delegado polaco Ren Kowalsky, superviviente de la matanza de Dantzig, se llamó a que el 2 de mayo fuese declarado "Día Internacional del Ocio". En esta fecha y en distintos lugares se celebran diferentes actos por el derecho a la pereza y contra el trabajo forzado; como ejemplo valga la acción llevada a cabo por la sección argentina de la Fundación de Alergia al Trabajo (esta fundación tiene su sede en Lisboa y funciona desde 1992); el 2 de mayo de 1995 convocaron la primera Marcha a Desgano (de cien metros) que realizaron más de 50 alérgic@s, en la plaza San Martín de Buenos Aires. Ese mismo día anunciaron a la prensa y televisiones burguesas su auto-disolución debido al enorme trabajo que supone el mantener una asociación de alergia al mismo.

DE LA UTOPIA FILOSOFAL DEL CRIMEN

(VV.AA.: Panfletos y escritos de la
Internacional Situacionista. Madrid. Ed.
Fundamentos. 1976)

(...) La vida que no somos capaces de vivir, la capitaliza el poder jerarquizado, le da vitalidad al Estado. En los modernos sistemas de explotación, los poseedores del capital no sólo poseen trabajo acumulado, sino también vida acumulada y congelada que por un lado nos roban y por otro nos venden por nuestro trabajo. La supervivencia es la imagen de la vida que nos vende el capital: en vez de vivir asistimos a una pesadilla en la que nos viven, o como decía Rimbaud, "a la farsa que vamos representando"; sobrevivimos en la sociedad del espectáculo. Pero el espectáculo no es un conjunto de imágenes, sino una relación social entre personas mediatizada por imágenes. El espectáculo es el capital en un grado tal de acumulación que se hace imagen.

La organización de la propiedad privada en la que reposa toda la organización social, hace del mundo el mundo de la separación. Por todas partes circula lo parcelario, lo separado, la negación de la totalidad. No sólo los hombres están separados de sí mismos, de su propia vida, sino que también están separados unos de otros: el Estado es la institucionalización de la separación, y las luchas del proletariado contra el Estado deben ser entendidas en su vertiente más radical: como luchas "para estar juntos por siempre jamás".

"Mi vida es un fragmento" decía Bakunin, superando la rígida tradición teórica que atribuía la separación al estricto mundo de la producción; lo Parcelario invade toda la vida de los individuos, no sólo hay separación entre el trabajador y el producto de su trabajo, sino también entre el hombre y sus deseos. Incluso hay separación entre el trabajador

y el hombre, entre el producto del trabajo y los deseos: toda la praxis social está dividida entre lo real y lo ilusorio.

"Es necesario hacer algo para superar esta situación –decía Durruti en 1931-. El pueblo busca sus soluciones al margen de los partidos políticos, al margen del parlamento burgués, llevando a cabo su acción en la calle; hay que desengañarse, para la clase obrera no existe otra política eficaz que no sea la lucha revolucionaria".

Lo contrario a la sociedad del espectáculo, es la posesión directa por los trabajadores de todos los momentos de su actividad, de la construcción de todos los momentos de su vida, de la libre construcción de situaciones.

Dado que el hombre es producto de las situaciones que atraviesa, interesa crear situaciones no miserables, dignas de su deseo. "Hasta ahora, los filósofos y artistas no han hecho más que interpretar de diversos modos las situaciones, pero de lo que se trata es de transformarlas".

Frente a la apropiación por la propiedad privada de todos los placeres del planeta, lo único que queda comunitario es la miseria de la vida cotidiana, que se ha hecho absoluta. Su fin sólo puede llegar por la construcción de una situación que haga imposible, como dijo Marx, el volverse atrás. La situación que haga imposible la marcha atrás no puede ser otra que la autogestión generalizada, que elimine al proletariado "mediante la abolición de la propiedad privada y del trabajo en cuanto tal". Esta abolición es fundamental: "La revolución comunista está dirigida contra el modo de actividad precedente, suprimiendo el trabajo" (Marx); la miseria del proletariado es resultado directo del trabajo. El cura Townsend se dio perfecta cuenta de ello: "¡Trabajad, trabajad día y noche!" –les decía a sus ovejas- "Trabajando aumentaréis vuestra miseria, y vuestra miseria nos ahorra el tener que imponeros el trabajo por la fuerza". El trabajo produce al hombre como mercancía, mercancía humana,

hombre determinado como mercancía; mercancía con conciencia y actividad propia, pero mercancía al fin y al cabo; mercancía que hay que mantener durante el trabajo para que no se extinga “la raza de los trabajadores”, para quienes la única vida posible es la existencia del capital –que no es otra cosa que su trabajo en conserva y almacenado-. “Y cuanto más trabaja un obrero” –decía Marx- “más poderoso para oponérsele será el mundo alienado de los objetos que produce, y más pobre llegará a ser él mismo”, trabajando entonces más, mortificando su cuerpo y arruinando su mente. Pero el trabajador no trabaja por su voluntad –como decía Lafargue en su Derecho a la pereza- sino porque está obligado a hacerlo. Es trabajo forzado. No es la satisfacción de una necesidad, sino sólo “un medio para satisfacer carencias que nada tienen que ver con la necesidad”.

La abolición del trabajo es hoy una reivindicación de los obreros revolucionarios más radicales. La humanidad sólo se propone tareas que puede resolver. Además de la relación del trabajo forzado (enajenado) con la propiedad privada se tiene que la emancipación de la sociedad se expresa bajo la forma de la emancipación de los trabajadores, no como si sólo se fueran a emancipar éstos, sino porque su emancipación lleva en sí la emancipación humana en general, porque toda la servidumbre humana está encerrada en la relación del trabajo con la producción y todas las relaciones serviles sólo son modificaciones y consecuencias de esta relación.

La construcción de la autogestión generalizada tiene sus bases y su dinámica en el proyecto que lleva en sí el proletariado, “esa clase con cadenas radicales, una clase de la sociedad burguesa, que no es de la sociedad burguesa, un estrato que es la disolución de todos los estratos, una esfera que tiene un carácter universal porque sus males son universales y no considera ningún derecho particular porque no existe ninguna

injusticia particular, sino que la injusticia se comete en absoluto, que no se puede referir ya a un título histórico sin solamente humano, que no se sitúa en contradicción parcial ante las consecuencias, sino que se sitúa en contradicción universal respecto a los postulados básicos de la herencia del Estado, una esfera que no se puede emancipar sin emanciparse de todas las otras esferas de la sociedad y, por lo tanto emanciparlas; que, en una palabra, es la pérdida total del hombre, o sea que su emancipación no se puede conseguir sin la recuperación total del hombre, esa emancipación que es el desenlace de la sociedad de una situación particular” (Marx). El proletariado es la clase que suprimiéndose como tal, suprime a todas las otras clases y vuelve a la sociedad humana o humanidad socializada. “El objetivo final de la revolución es el cambio total en la forma de vivir de los hombres”, decía Durruti.

Desde ya, pues, se centra el problema: ¿cómo superar concretamente el trabajo?, ¿cómo superar su división?, ¿cómo superar la división trabajo-ocio?, ¿cómo superar concretamente el cambio?, ¿cómo superar concretamente el ocio?, ¿cómo superar concretamente el Estado?, ¿cómo extender el movimiento revolucionario a toda la sociedad?

La práctica histórica del proletariado (asambleas de autogestión federadas a nivel local –consejos obreros-, etc.) permite esbozar algunos adelantos, de ningún modo definitivos, sino que pueden servir para excitar la imaginación de los obreros revolucionarios a fin de permitir una transformación eficaz de la realidad.

La teoría radical no ha hecho más que analizar el viejo mundo y lo que lo niega. Ahora debe ser realizada. Por un mundo de miserable mierda que perder hay todo un universo de placeres que ganar.

Al proletariado no le importan las ruinas: va a tomar el mundo. Y sus

“encuentros” con el poder, ya no serán bajo el signo de la vergüenza de su miseria, sino en el gozo de su disolución. “Los frenos que le hacen romper o las virtudes que le hacen despreciar se convierten así en otros tantos episodios voluptuosos” (Sade).

Que este mundo reviente: ése es el camino. ¡¡Adelante, en marcha!!

Vasilei Soulinake, Seisdedos el Rojo y
Dillinguer

Madrid, primera semana de mayo de
1976

“Nuestra fórmula es: ABOLICIÓN DEL TRABAJO ASALARIADO. Hemos demostrado que la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sólo es una simple paráfrasis de ella...”

A. Bordiga: Propiedad y capital.

Si haces una revolución, hazla alegremente;
no la hagas lívidamente serio,
no la hagas mortalmente serio,
hazla alegremente.
No la hagas porque odias a la gente;
hazla sólo para escupir en sus ojos.
No la hagas por dinero;
hazla, y condena el dinero.
No la hagas por la igualdad;
hazla porque tenemos demasiada igualdad,
y va a ser gracioso sacudir el carro de las manzanas
y ver por qué lado se irán éstas rodando.
No la hagas por las clases trabajadoras;
hazla de tal modo que todos nosotros podamos ser
nuestras propias y pequeñas aristocracias
y patear como asnos fugitivos alegremente el suelo.
No la hagas, en fin, para la Internacional del Trabajo;
el trabajo es aquello de lo cual la humanidad ha tenido bastante.
Eliminémoslo, acabemos con ello.
El trabajo puede ser agradable, y los hombres gozarlo;
y entonces, no es trabajo.
Tengamos eso; hagamos una revolución para divertirnos

D.H. Lawrence